

Truro, Massachusetts.
25 de abril de 1957.

Sr. Adolfo Ruíz Cortines.
Presidente de México.

Estimado señor Presidente:

Espero tener razón al escribirle esta carta, no solo por mi gran amor a México (desde mi primera visita en 1929, cuando di conferencias en la Universidad) sino más aún por el generoso calor con que México me ha recibido y oído siempre, y leído mis libros. Como lo habrá notado en la prensa, recientemente estuve en México, otra vez; mi primera visita en seis años. Estaba admirado por los avances económicos del país, por el crecimiento de la Capital, que ha llegado a ser una de las mejores ciudades modernas. Culturalmente, también, ha habido gran crecimiento: en el teatro, la nueva literatura y la música, la nueva generación de pintores. Como dije hace treinta años: México es la tierra del genio.

Pero, estimado Sr., el estado presente de México me ha preocupado, también. Encontré demasiada pobreza entre los campesinos; demasiada centralización de la riqueza en las grandes ciudades. Y me encontré muy turbado por la siempre creciente y ahondante invasión de bienes americanos, y de los peores aspectos de la civilización norteamericana, tipificada por la televisión, que es nuestro enemigo, así como de la cultura mexicana genuina.

Me doy cuenta de lo inevitable de la industria americana y de su influencia en México. Esto no es necesariamente un mal. En el siglo XIX, los Estados Unidos se vieron invadidos por los productos industriales de los entonces más avanzados países europeos. Pero mientras nuestra industria y nuestros negocios crecían lenta-

mente, los EE.UU. los protegían. Por medios como la Tarifa, por ejemplo, nuestra "infantil industria" era defendida. No podría México, en formas análogas pero diferentes, defender a México de la aplastante invasión de bienes manufacturados de los EE.UU. - aún de almacenes o tiendas de abarrotes? Esta invasión impide a miles de jóvenes mexicanos el tener empleo; impide al capital mexicano la inversión en pequeña escala; sutilmente enajena a la juventud mexicana de la sensación de propiedad y responsabilidad en su propia tierra. Y por la introducción de las formas más vulgares de vida norteamericana, agota la energía de las culturas creadoras de México.

Creo que esta indefensibilidad económica explica claramente el espíritu de cinismo y desesperanza que he palpado en la juventud de México. La ayuda de capital norteamericano en México es necesaria y es buena; pero la joven economía de su nación requiere la más cuidadosa de las medidas, no sea que lo que es bueno controlado llegue a ser una amenaza destructiva.

No pretendo, estimado señor Presidente, sugerir medios específicos con los que este problema, que afecta el espíritu y la economía de México, sea afrontado. Pero como un viejo y dedicado amigo de México y de América Hispana, he pretendido llevar mi preocupación a su atención. Espero que mis antecedentes como un luchador por los auténticos valores de su tierra le permitirá dispensar esta intromisión.

Muy respetuosamente.

Waldo Frank.